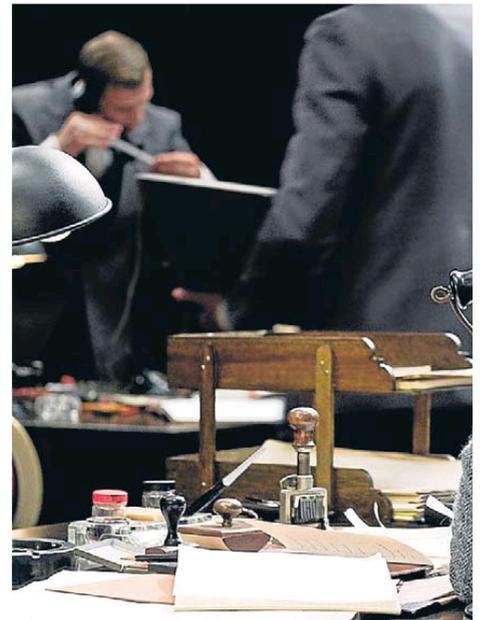


Escrituras



Recuperación La tercera versión cinematográfica de la novela 'El gran Gatsby' ha disparado la oferta editorial en torno a la obra y vida de su mítico autor

Sinfonía Scott Fitzgerald

F. Scott Fitzgerald
Cartas a mi hija
Prólogo de Scottie Fitzgerald. Traducción y notas de Albert Fuentes

ALPHA DECAY
209 PÁGINAS
19,90 EUROS

Querido Scott, querida Zelda
Traducción de Ramon Vilà Vernis

LUMEN
604 PÁGINAS
29 EUROS

Recientes ediciones de **El gran Gatsby** en: NORDICA, ANAGRAMA, ALFAGUARA, ALIANZA, SEXTO PISO, DEBOLSILLO y RBA

ROBERT SALADRIGAS

Han transcurrido setenta y tres años desde la muerte súbita de Francis Scott Fitzgerald, sucedida en Hollywood el 21 de diciembre de 1940. Los derechos de autor de sus obras han pasado a ser de dominio universal, lo que significa que el acceso a ellas es absolutamente libre. De manera que el detalle, unido a una nueva, recién estrenada y polémica versión cinematográfica (la tercera ya) de *El gran Gatsby* -dirigida por Baz Luhrmann e interpretada por Leonardo Di Caprio, Tobey Maguire y Carey Mulligan- ha disparado los registros editoriales en favor de Scott.

Tremenda paradoja. Una de las novedades rigurosas de estos días es un librito que conoce su primera traducción: *Cartas a mi hija* (*Letters to his daughter*). Reúne las cartas que entre 1933 y 1940 un padre

preocupado, receloso y gruñón, envió a su hija única adolescente cuando vivía sola, lejos de él y de su madre, internada en un sanatorio psiquiátrico. Por desgracia no se han conservado las respuestas de la chica, pero cabe imaginarlas leyendo el prólogo que escribió para esta interesante recopilación epistolar aparecida en 1965. Scottie (Fitzgerald) Lanahan hace referencia a algo que corta el aliento: "Durante el último lustro de vida, mi padre no habría podido comprar un libro suyo en una librería y, si lo hubiera pedido, la vendedora le habría devuelto una mirada perpleja por toda respuesta". Frances, que admite no ser una persona precisamente sentimental, añade que cuando al cabo de unos años entró en la librería de un pueblo perdido y vio todo un anaquel con títulos de F. Scott Fitzgerald, des-

plegados como si fuese Shakespeare, se echó a llorar.

Desde la perspectiva actual, Scott es afortunado. Me consta que ahora mismo coinciden las librerías al menos tres ediciones en español de *El gran Gatsby*, su rutilante éxito de los años veinte. La de Alfaguara del 2002, traducida por José Luis López Muñoz (gran experto en Faulkner), y la de Anagrama del 2011, firmada por Justo Navarro, me suscitan escasas objeciones. La edición que conozco en catalán está a cargo del novelista Ramon Folch i Camarasa. Tengo la impresión, respecto a los traductores, que los hados han velado por Scott. El traductor de *A este lado del paraíso* (Alianza) fue nada menos que Juan Benet y es probablemente el único texto de ficción que transvasó al español por una extraña afinidad con el autor.

Otros traductores han sido Mariano Antón Rato, Marcelo Cohen, Enrique Murillo (*El crucero de la Chatarra Rodante*), Rafael Ruiz de la Cuesta... Existió una versión catalana de *Suave es la noche -Tendra és la nit-* firmada en 1968 por Ramon (Terenci) Moix, auténtico devoto de la novela. Entonces compartíamos la opinión de que pese al poco eco obtenido al publicarse en 1933, nosotros la preferíamos a la autobiografía existencialista que era *Gatsby*. Con el tiempo y sin haber leído en los últimos años *Suave es la noche*, la historia amarga de Dick y Nicole Diver ocupa en mi memoria un lugar más destacado que Jay Gatsby y Daisy Buchanan.

De todos modos, la herencia global de Scott no tiene desperdicio. Al fin y al cabo el tópico afirma que

PATROCINADO POR





encarnó el esplendor y la inconsciencia de un mundo herido, sufrió la dureza de su inevitable declive y, tras la segunda guerra, recuperó el crédito hasta llegar al día de hoy en que, de una forma absolutamente impensada, es tomado como emblema literario de una crisis colectiva cuyos atroces efectos superan las leyendas de los años treinta del pasado siglo. De ahí el interés de colecciones de cuentos como *Los relatos de Basil y Josephine* o *Pizcas de Paraíso*, este volumen con piezas de Scott y Zelda, ambos títulos en el extenso catálogo de Alianza Editorial. De Zelda Sayre Fitzgerald solo se conocen esos pocos cuentos, alguno de ellos exquisito, y una novela que nunca ha sido traducida: *Save me the waltz*. Conviene tener presentes los

La versión catalana de 'Tendra es la nit', de 1968, corrió a cargo de Terenci Moix, devoto de la novela

dos gruesos volúmenes –un millar de páginas– que en 1998 Alfaguara dedicó a los *Cuentos* de F. Scott Fitzgerald.

Hay un hecho que singulariza a Scott. No se puede hablar de su obra sin que, tarde o temprano, se acabe hablando de su vida. En buena parte el mismo tuvo la culpa. Poco antes de morir escribió desde la soledad y la autodestrucción sobre su personaje Jay Gatsby: "Es lo que siempre fui: un joven pobre en una ciudad rica (...) nunca pude perdonarles a los ricos el ser ricos (...) todo el sentido de Gatsby es la

injusticia que impide a un joven pobre casarse con una muchacha que tiene dinero. Este tema se repite en mi obra porque yo lo viví". Eso es lo interesante de Scott: el ambicioso muchacho de Saint Paul (Minnesota) que al margen de sus frivolidades, quimeras, devaneos y lucha sin cuartel por salir adelante arrastrándose por donde hiciera falta, cifró la dignidad de su vida en la escritura.

Es lo que hace aconsejable, apasionante, localizar y leer libros como *Scott Fitzgerald* de André Le-Vot, *Hemingway contra Fitzgerald* de Scott Donaldson, *Zelda* de Nancy Milford, o el recién reeditado *Querido Scott, querida Zelda*, una selección de las cartas de amor entre la pareja Fitzgerald. El accidentado recorrido por la biografía de ambos Scott intenta condensarlo –desde su óptica– en la carta dirigida a Scottie el 7 de julio de 1938. Estas son sus crudas palabras: "Cuando tenía tu edad, vivía con un gran sueño. El sueño creció y aprendí a hablar de él y a que la gente me escuchase. Luego el sueño se partió por la mitad un día, cuando pese a todo decidí casarme con tu madre, aunque supiera que era una malcriada y que no me haría ningún bien". Los dos fueron irresponsables, pero sin duda fue Zelda la que se llevó la peor parte.

Francis Scott Fitzgerald tiene la suerte de haber superado la prueba del tiempo quizás porque las circunstancias, incluida la mitología del periodo de entreguerras, le han sido favorables. Me pregunto cómo se lee hoy *El gran Gatsby*, novela de 1925. O cómo se ve a Scott. El caso es que está vivo. Y sus tragedias no nos suenan extrañas. |

Fotografía de F. Scott Fitzgerald de 1921 publicada por el magazine mensual 'The World's Work'. A su lado, un fotograma de la película 'El gran Gatsby'. La caracterización de Tobey Maguire como Nick Carraway ha enfocado el parecido con el propio Scott

THE WORLD'S WORK / WARNER BROS

Latidos

Conexiones peninsulares

SERGIO VILA-SANJUÁN

La editorial Alfaguara publica una edición conmemorativa del 25.º aniversario de *Obabakoak*, de Bernardo Atxaga. Libro significativo porque fue el primer best seller que la literatura en lengua vasca exportó al resto de España, signo de una época en que la conciencia de un país pluricultural parecía afianzarse.

Yo conocí a Atxaga en la Casona de Verines. Este vetusto edificio en un municipio asturiano cerca del mar fue habilitado por la Universidad de Salamanca, que a partir de 1985 convocó, con ayuda del ministerio de Cultura, unos encuentros anuales de escritores y críticos en las distintas lenguas de España. Los dirigía con mano de hierro Víctor García de la Concha, después director de la Real Academia y del Instituto Cervantes, que no dejaba salir del aula de debate a los convocados ni para ir al lavabo.

En 1987, por ejemplo, estaban invitados autores catalanes como Montserrat Roig, Valentí Puig o Robert Saladrías; vascos como Mario Onaindia; gallegos como Carlos Casares o Suso de Toro, y en lengua castellana como José María Merino o Juan José Millás. Según me recordaba hace poco Carme Riera, esta y otras iniciativas de la época sirvieron para que creadores en distintas lenguas del Estado desarrollaran afinidades y amistades personales.

En aquel decenio también la Generalitat promovió algún encuentro entre intelectuales catalanes y del resto de la Península, como el que se celebró en Sitges en 1981 con pesos pesados como Aranguren, Fuster, Batllori y Lain Entralgo. Después, a lo largo de los años noventa, este tipo de proyectos perdió aliento, y aunque Verines se mantuvo, las siguientes generaciones literarias de distintos territorios no han llegado a tratarse personalmente de una forma sistemática como la que en los inicios de Casona se planteaba. Esfuerzos como los de José Luis Giménez Frontín desde la Asociación Colegial de Escritores de Catalunya no llegaron a cubrir el vacío.

En las últimas semanas he estado en ciudades como Oviedo o Zaragoza donde, entre las élites culturales, el interés por la cultura catalana, en sus distintas manifestaciones, es intensísimo. El escritor asturiano Xuan Bello, de retorno de Girona donde fue invitado por la Universidad, me comentaba la necesidad de crear un nuevo foco de debate de las culturas ibéricas, y proponía hacerlo en la capital aragonesa, que desarrolla una vida intelectual creciente y está fuera de los circuitos más habituales.

Este diálogo tan necesario, desde Madrid se ha descuidado tremendamente. También desde Barcelona, donde ahora cunden iniciativas como el simposio historiográfico (?) "España contra Catalunya", invitación al mal rollo prevista para diciembre. No sé qué genio conciliador de la Generalitat ha debido idearlo. El director es Jaume Sobrequés, poco memorable profesor de la Autónoma en mis años universitarios, de trato agradable, currículum repleto de cargos oficiales y obra amplia, pero no destacada. Supongo que este tipo de perfil le hace especialmente adecuado para el envenenado encargo.



Bernardo Atxaga, en Madrid

EMILIA CUTIÉRREZ